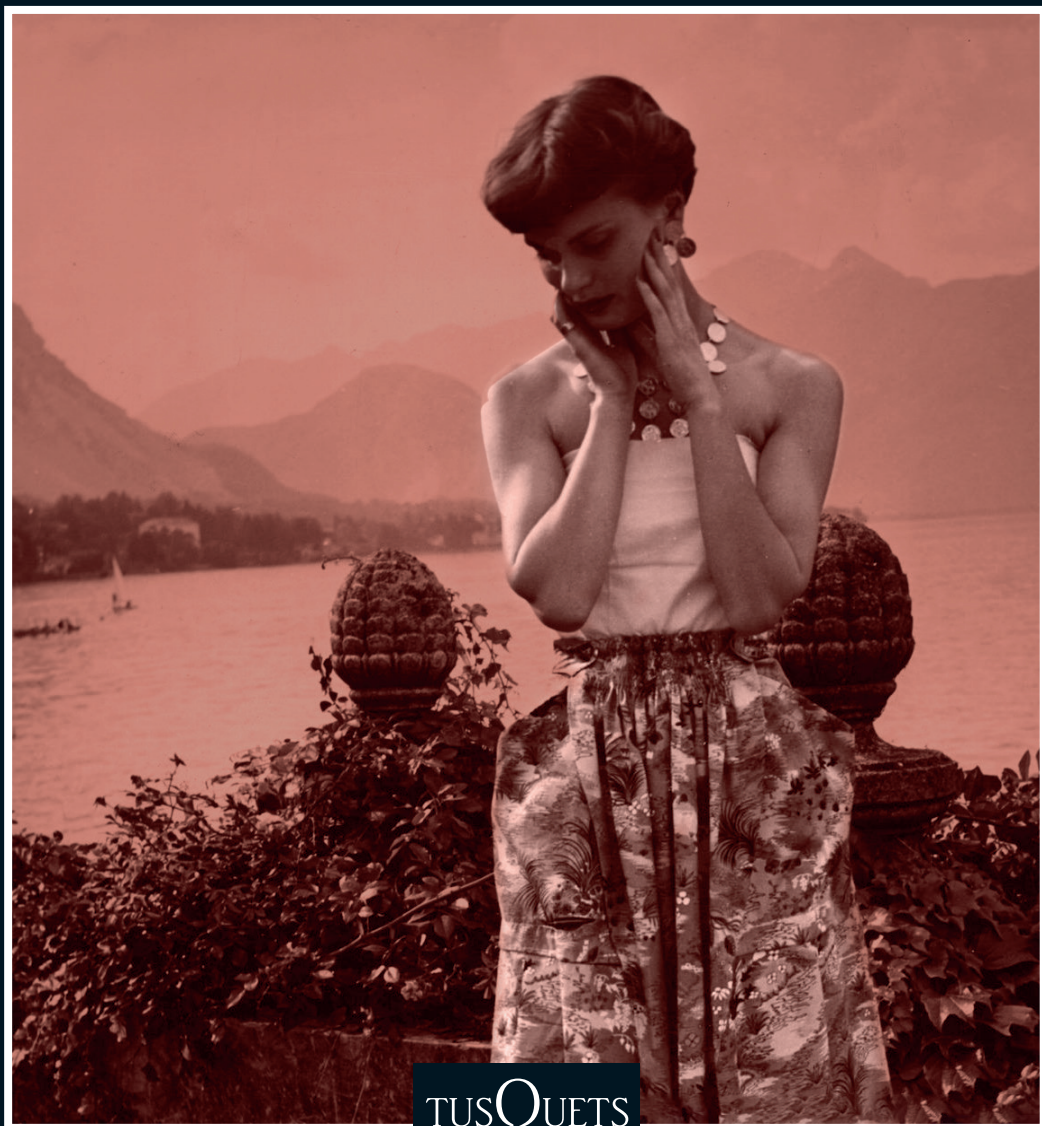


Simonetta Agnello Hornby

PLANTA NOBLE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

SIMONETTA AGNELLO HORNBY
PLANTA NOBLE

Traducción de Carlos Gumpert

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Piano nobile*

1.ª edición: abril de 2022

© Giangiacomo Feltrinelli Editore Milano. Primera edición, en «I Narratori»: octubre de 2020

Traducción: © Carlos Gumpert Melgosa, 2022
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-097-3
Depósito legal: B. 4.167-2022
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Black Print CPI
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice de los personajes principales	9
Primera parte: Junio de 1942	
1. Dice Enrico Sorci	15
2. Dice Peppe Vallo	65
3. Dice Cola Sorci	78
4. Dice Peppe Vallo	114
5. Dice Laura de Nittis	139
6. Dice Cola Sorci	182
Segunda parte: Diciembre de 1942 – agosto de 1953	
7. Del diario de Mariolina Sorci	193
8. Dice Rico Sorci	204
9. Dice Cola Sorci	230
10. Dice Laura de Nittis	249
11. Las cartas de Carlino Sorci a Mariolina Sorci	266
12. Dice Rico Sorci	316
Tercera parte: Marzo de 1954 – abril de 1955	
13. Dice Laura de Nittis	329
14. Dice Cola Sorci	336
15. Del diario de Mariolina Sorci	343
16. Dice Andrea Sorci	346
Agradecimientos	361
Citas	365

La luz. La luz. Quiero más luz. Busco dentro de esta habitación todo lo que me es familiar. Jamás me había parecido tan grande esta habitación. Es como si el techo artesonado se hubiera elevado, parece la bóveda ojival de una capilla: altísimo. El diván al pie de la cama se aleja, al igual que los dos sillones y la cómoda. El tiempo también se ensancha, por la luz que entra a través de los balcones no sabría decir si es de día o de noche. La calle, ahí debajo, podría ser una plaza, y no la avenida que atraviesa longitudinalmente la ciudad. Y mi cama parece una pared sobre la que estoy tan inmóvil como una salamanquesa. Escucho mi respiración afanosa y el jadeo de los pensamientos que vienen de lejos y que la respiración acelera, incendia, encadena a la luz.

Elio lleva días y días leyéndome las portadas de los periódicos. Él lee y yo escucho. Para decirle que pare tengo que hacerle un gesto, porque no oye muy bien, pero es un consuelo tenerlo al lado de la cama, sentado en el borde del taburete que se ha traído de la antecocina, mientras sostiene casi con dificultad las grandes hojas de la prensa. Por allí pasa lo poquito del mundo que nos es dado conocer, por esas páginas: estamos en guerra, la prensa está militarizada, y, aunque es pura propaganda, se citan nombres extranjeros, de generales, políticos, lugares, que serían de lo más aburridos si no los oyera salir de los finos labios de Elio, nombres todos ellos erizados de dificultades, nombres extraños que pronuncia a su manera, no siempre acertadamente, con la voz fuerte de quien es débil de oído. Los periódicos han

pasado de cuatro páginas a dos; las noticias, inciertas, se enmarcan.

Elio dice Churchill, dice Rommel, dice Montgomery, y cada vez que un nombre sale de su boca de la forma que sea, levanta alegre la mirada hacia mí, pero luego tropieza con los rusos, Aleksandr Vasilevski, Gueorgui Zhúkov, que se le atraviesan en la garganta. Por no hablar de los nipones, oscuros fonemas que se repiten sin embargo una y otra vez porque desde el año pasado son los protagonistas absolutos —Pearl Harbor, dicho por él, se convierte en un arabizante Pelljàibbor—, y se relaja con nombres que incluso podrían sonar itálicos, como Sebastopol, Stalingrado, pero parecen raros en la prosa de esta guerra. Mussolini dice que hay que resistir en África mientras los ingleses avanzan hacia Trípoli. Estamos en medio de un desastre. Hace solo cuatro años ciertos nombres nos sonaban exóticos, ahora parece que el mundo entero nos cayera en casa, amigos y enemigos, sin que sepamos ya quiénes son los unos y quiénes los otros. Elio lee diligente y apaga con su voz fuerte pero sosegada el tono rimbombante de una nación que sigue creyéndose un imperio, y de un imperio que parece salir de una opereta *fin-de-siècle*. Elio, mi querido Elio, no dejes de leer, ni siquiera cuando mi mirada se pierda.

Todavía puedo ver bien. Veo las paredes con el papel pintado de motivos florales —dorados, amarantos y verdes, en ese estilo moderno que tanto me gusta— y las gruesas cortinas de los balcones a juego con el estampado de flores; papel y tela que recibimos directamente de la firma Liberty de Londres. Hice ese pedido por consejo de Babs Farrar, cuñada del secretario de los Whitaker. No podía dejar de tener tratos con los Whitaker, empresarios vinícolas ingleses, que llevan generaciones en Palermo. Pero Babs era Babs, recorría con todo el color rubio de su meleta el pasillo de la casa Whitaker para recibirme. En los primeros días, se limitaba a guiarme, según la ocasión, hasta el salón grande o al despacho de Pip, pero luego empezó a mirarme con otros ojos, y yo también, y así surgió una cosita, una cosita breve, pero

que fue suficiente para refrenar su paso por el pasillo, para que soltara una risita larga y complacida, para que se dirigiera hacia metas que no eran ni el despacho ni el salón. Babs, maravillosa Babs, que parecía descender de uno de esos grandes cuadros de tema histórico que entonces eran el último grito, con *fimmine* dignas de lástima, heroicas, desgreñadas, con abundantes cabellos, mantos y pieles derramándose a su alrededor. Babs era una Ginebra de pecho generoso y amplias sonrisas, un triunfo de aquellas formas tan raras en la isla de Albión. Nuestra breve co-sita se convirtió en una auténtica amistad que fue duradera, y seguimos tratándonos incluso a espaldas de Pip Whitaker. Con las inglesas no era difícil.

Los Whitaker se habían construido una hermosa villa con jardín a finales del siglo XIX, Villa Malfiano. Nosotros, los Sorci, teníamos nuestro palacio del siglo XVIII, pero los palacios evocan gloria y autoridad solo si las piedras reciben el cuidado que merecen, como me dijo mi padre cuando me hizo venir a Palermo para encargarme de las obras de restauración. Ese fue también el motivo por el que quise sumar a nuestras propiedades un nuevo edificio: demolí y reconstruí un bloque de pisos en la zona de la Albergheria, concebido según un diseño que privilegiaba la accesibilidad y la utilidad sobre la tradicional necesidad de ostentación.

La Palermo que conocí entonces, con los ojos de un joven de diecisiete años al que le quedaba todo por aprender, era una gran ciudad. El puerto era un movimiento constante de barcos y de personas, allí se hablaban todos los idiomas, se descargaban mercancías con gran estruendo metálico, movimiento de grúas, chirriar de carros, fragor de sacos y cuerdas. Era una ciudad que te llenaba de ganas de vivir y de saber. Al igual que el estilo del mobiliario, también el estilo de vida pedía ajustes, transformaciones.

Con la salvedad de la tapicería británica, la decoración de mi dormitorio es siciliana, desde los muebles hasta las pinturas. Los paisajes campestres y las marinas son obra de Francesco Lojaco-

no, Antonino Leto y Michele Catti, enamorados de nuestra isla y muy buenos pintores, con los que trabé amistad en mi juventud.

Para mi esposa, Rosaria, supuso un escándalo colgar paisajes en el dormitorio. Creía —así se lo habían enseñado, así lo había visto en todos los dormitorios de las familias respetables— que solo podía haber cuadros de santos, además del consabido crucifijo.

Me empeciné y le propuse un compromiso: ella podría colgar santos, crucifijos y la Virgen María en la pared de la cabecera y en la de su lado de la cama, yo tendría las manos libres en la de enfrente. Era dócil, mi Rosaria, y aprendía con el tiempo.

Le gustó mucho el óleo del Monte Pellegrino al amanecer, visto desde el mar de Sant'Erasmo. La luz matutina asomaba por detrás de las montañas, sobrevolaba la llanura de Palermo y alcanzaba la cima del Monte Pellegrino, dejando intactas, en las laderas bajas, las sombras de la noche, azules, añiles y violetas; luego se deslizaba desde la cima del promontorio sobre el mar y el cielo, coloreándolos con un rosa conmovedor, como si todo fuera uno.

Rosaria mía, nunca te dije que el joven Michele Catti, tan seducido por los blandos colores de la naturaleza, tan capaz de restituírnoslos, era un bebedor empedernido que murió prematuramente alcoholizado. Esa noticia te habría trastornado y ya no habrías sabido apreciar la pureza del cuadro.

Esta habitación era tu reino. Para mí, después de tu muerte, hace veintidós años, se convirtió en el último baluarte de mi vida mortal. En la muerte te respeté más que antes; desde entonces, nunca traje a otras hembras a nuestra cama, como hacía en verano, cuando te quedabas en el campo y yo me alejaba de vez en cuando. Ahora, solo entrarán aquí los tres que me han dado consuelo en el curso de los años sin ti; una es hija mía.

Mis ojos atraviesan el tiempo y el espacio. Escucho todos los ruidos. Yo soy yo; y yo soy el palacio. Y yo soy *la familia*. Pero

¿por cuánto tiempo aún? Percibo una presencia impalpable, una mano que se extiende dentro de mí y me invita a dejarme llevar.

«¡Elio! ¡Elio!», me gustaría gritar, pero en realidad no me hace falta, y mejor que sea así, porque, total, Elio no me oye. Y, sin embargo, preguntas no me faltan. Me gustaría saber. Cuanto más se consume el tiempo, más expuesto me siento a dos tentaciones: la de hundirme en la indiferencia y la contrapuesta de saber, de saberlo todo, como si aún fuera —como lo fui— un joven cliente de barberías y cafés donde en un cuarto de hora prodigaban en tus oídos lo que se necesitaba y lo que no era necesario saber.

¿Quién está ahí? ¿Qué están haciendo? Ya sé quiénes son. Lo sé. Mi vida se alarga como un tren, como un camino blanco y polvoriento, sofocante. Hay una multitud. O tal vez no, todavía no hay nadie. Que avancen lentamente. Por detrás de la puerta oigo un gentío, un pisoteo. Todos quieren entrar. Elio no es capaz de contrarrestar esos ojos, esas manos que empujan. Quisiera gritar: «¡Esperad vuestro turno!», «Respetad a un hombre que está a punto de morir!», «¡Ya os llamaré, cuando quiera y si es que quiero!», «¡Obedecedme! ¡Como yo obedecí cuando era joven las órdenes de mi padre!».

Y veo, todo él, a nuestro padre, el que está en la tierra, el padre que me había ordenado, hijo segundón, que me encargara de la restauración del Palazzo Sorci, a tiro de piedra de los Quattro Canti y de la catedral. ¿Qué podía hacer un chico de diecisiete años? Quién sabe lo que pensaba mi padre, pero algo pensó, y desde su punto de vista pensó bien. Avanzaba en el salón ricamente amueblado con el paso seguro del patriarca —la luz dorada de la tarde entraba por las vidrieras—, avanzaba y yo podía leer en sus gestos mi inminente destino. Sostenía un cigarro apagado entre sus dedos índice y medio, y de vez en cuando se lo llevaba a los labios, pero sin encenderlo nunca. Tenía los ojos de carbón y cejas pobladas que se elevaban hasta su frente como negros reptiles heráldicos. Había otras figuras en la habitación, estaría sin duda el abogado Tricase, canijo, con un traje marrón

en el que parecía desvanecerse. Mi padre anunció que había llegado el momento de pensar en el futuro de la familia. El heredero era Nicola, Nicola era el mayor, recibiría lo que le correspondía, y era de suponer que se casaría pronto.

La elegida para él era Mariastella Tripputi, heredera de la Zirritta, una floreciente mina de azufre, y de los terrenos circundantes, así como de muchas otras tierras y muchos antiguos feudos comprados en las subastas de los bienes de la Iglesia y del reino borbónico, confiscados por los Saboya en 1866. Nicola, el primogénito, se quedaría a ayudar a quienes gobernaban la tierra y las minas, y yo me vendría aquí, a Palermo. Había completado mis estudios en la Real Escuela Agraria de San Placido Calonerò, en Messina, era joven y carente de ideas sobre mi futuro, solo sabía lo que quería, y tal vez el dinero de mi padre nunca me bastaría del todo: quería disfrutar de la vida como un hombre rico. Y me sentía a gusto supervisando la restauración del Palazzo Sorci; tenía grandes esperanzas.

En aquel entonces, a mediados de la década de 1870, Palermo despertaba. Y yo me despertaba también, al igual que los negocios: había que invertir, importar máquinas agrícolas, arrebatarse los campos al pasado, porque la agricultura y la nueva maquinaria agrícola de motores de gasóleo e incluso eléctricos eran nuestro futuro, habría grandes ganancias con las exportaciones a todo el mundo, no solo a Europa. No soñaba, veía. Y disfrutaba. «El hijo del barón Sorci», me llamaban, y eso era suficiente para abrirme las puertas de las *fimmine* de los *ricottari*, como se llamaba a los lenones, los alcahuetes que provenían de provincias y se ganaban la vida gestionando putas para una amplia clientela de gente adinerada. Pero las suyas no eran putas ordinarias, cada uno tenía las suyas, una propiedad que debían salvaguardar, y ellos les servían de compañeros y de proxenetas. A menudo, chicos de provincias que habían venido a estudiar a la ciudad se convertían en lenones. No tardaban en aprender a buscar la mejor clientela para sus putas, hombres de posibles a quienes se les veía el dinero en los bolsillos. Cada lenón aprendía también a quedarse con una sola para él, un día a la semana: después de

hacer el amor con aquella belleza —porque por fuerza debía ser hermosa, lo que era un signo de inteligencia y de dominio del mercado—, se la llevaba a dar un paseo por piazza Marina, los dos vestidos de fiesta, cogidos del brazo, como pavos reales, expertos en exhibir los privilegios del placer.

Los lenones aprendían el oficio y yo aprendía a cultivar su amistad. Acudía a tabernas y burdeles, olvidando las obras del palacio, donde dejaba que el capataz se ocupara de los trabajadores. Fue así como los bajos fondos vieron la oportunidad de penetrar en el edificio que yo debía haber supervisado, sin que me diera cuenta. Y es que, mientras tanto, me regalaba en los burdeles. Cuánta seda, cuántas *fimmine*, cuánto esplendor. Las toqueaba a todas, a las del norte, a las isleñas, a las más hábiles, a las viejas y a las jóvenes. Cuánto placer. Y vuelvo a ver cómo se gira de repente hacia mí la deslumbrante Estrella. Sí, eso era lo que hacía: se movía sinuosa dándome la espalda, en el recinto del burdel o bajo el sol del paseo, y al percatarse de que yo, felino, no me perdía ni uno de sus pasos, no se detenía, no caminaba más despacio, se limitaba a doblar el cuello, a bajar la cabeza y a levantarla después para cubrirse las espaldas, lanzándome una *taliata* desvergonzada, una mirada que parecía volver a su jaula solo cuando ella aceleraba el paso, para inducirme a seguirla.

Siempre encontrábamos un lugar para vernos. Yo la toqueaba y la besaba mientras ella aún se estaba liberando entre suspiros de los lazos y corchetes. Estrella. Alguien había inventado aquel nombre para ella, tal vez su Peppino Muzzica, y le sentaba a la perfección. Me gustaba hacer el amor con ella durante el día, con las ventanas abiertas, apenas protegidas por la muselina bordada, para poder verla majestuosa y acogedora, con los pechos llenos de luz. En las hermosas pausas de los cuerpos, le pedía que cantara, porque tenía una voz amable, entonada, y se sabía de memoria ciertas canciones campestres, canciones que abrían esas tardes a otros placeres. Pero esos también fueron los momentos en los que mi Estrella decía cosas que yo ya sabía sobre las obras en el edificio de mi padre, y otras que a su lenón no le habría gustado que supiera. Hasta que una noche me puso

en guardia también hacia él, hacia su hombre. Le cerré la boca con un largo beso con lengua.

Alguien bastante más poderoso que Peppino Muzzica no quiere que se hagan las obras, y ese alguien hace estallar una bomba casera en el patio del edificio.

Una explosión de nada. Pero una explosión al fin y al cabo. Me quedo en el patio contemplando el muro desmoronado, los andamios de madera dañados, el polvo que cubre, como un velo amenazador, las herramientas de trabajo, los planos del ingeniero, las bolsas de los obreros. ¿Qué hacer?, me pregunto. Tengo que decidirme, y de inmediato. Por más que no vea a nadie, hay alguien esperando para comprender lo que soy capaz de hacer, lo sé. Y siento instintivamente que tengo una sola posibilidad, la única que tal vez me exponga, pero que por otro lado es una respuesta clara, sin titubeos. Aspiro lo más hondo que puedo y les ordeno a todos, a quienes veo y a quienes no veo, que reanuden el trabajo de inmediato. «¡Ingeniero!», llamo, y aparece el ingeniero. «Explicadme cómo están las cosas, yo de aquí no me muevo.»

Más tarde vuelvo con Estrella y le digo que tenía razón.

Tenía razón, ella sabía, y más aún sabía su lenón Peppino. Y yo, a mi vez, aprendí a saber que, si la autoridad se basa en el poder, el poder se basa en la demostración de fuerza. Yo podía contar con la firmeza y a ella trataba de atenerme. Sin olvidar que, mientras mi nombre siguiera contando, podría hacerlo valer.

Mi nombre. Cómo resuena en esta habitación, cómo rebota en el papel pintado y los espejos, en los sillones y los crucifijos. Mi pobre nombre. Pero aquí dentro ya no soy el barón. Soy Enrico. Es el Enrico que resuena repetido por infinitos labios de mujeres, Enrico, Enrico, como lo decía mi Rosaria, como lo decían mis amantes, tantas que ni las recuerdo ya; Enrico, nada más que Enrico en este silencio visitado de vez en cuando por las voces que vienen de la calle, de los balcones.

No me siento bien. «Elio», digo en voz baja. No lo estoy lla-

mando, sé que así no me oye, pero repito «Elio». Porque lo cierto es que me gustaría preguntarle también a Elio, ahora, en este momento, cómo están las cosas. En cambio, me dejo caer sobre las almohadas y vuelvo a aquel tiempo, alto como un cielo de verano.

Recibo un telegrama. Pocas palabras. Muy pocas, mejor dicho.
VEN. NICOLA HA MUERTO.

Pero ¿qué le ha pasado a Nicuzzo, a mi hermano?

Me cuesta hacerme a la idea. ¿Muerto? Mando que preparen la calesa y me marchó.

Nicola se ha caído del caballo mientras bajaba hacia el río. Me acuerdo muy bien de ese caballo, era hijo de uno de los sementales napolitanos traídos por los piemonteses a la feria anual de ganadería agrícola de Favara; recuerdo la última velada, la de la monta de algunas yeguas locales. Los asientos se vendieron de inmediato, a cifras muy altas; había gente que trataba de comprárselos a los afortunados que los habían conseguido y que ahora los revendían al triple de su precio. Merecía la pena. Asistir a la monta de la yegua de mi padre fue emocionante.

El potro que parió la yegua era robusto, sano, y tenía un pelaje hermoso, reluciente. Al crecer demostró ser fuerte y obediente. Mi hermano lo llamó *Orlando*. Yo también monté en él: una maravilla. Sentías que sus músculos respondían, sentías el estremecimiento de un animal orgulloso de su belleza. Nicola nunca se cansaba de galopar con él. Cuando lo veías recortarse en el horizonte de los campos, parecía un caballero antiguo, con la chaqueta hinchada alrededor del pecho como una coraza, el pelo largo, la fusta a media altura, sin usar apenas, la mano izquierda sujetando las bridas. Al llegar frente a los establos, *Orlando* sacudía la cabeza echando el aliento cálido por los ollares y golpeando con los cascos en el suelo: había algo noble y furioso en él, su nombre le encajaba a la perfección. Antes de desmontar, Nicola se inclinaba sobre él y lo acariciaba, lentamente, muy lentamente, preciso como un peine, devoto como un amante.

¿Cómo se produjo esa traición? ¿Fueron los escarpados barrancos? ¿Los arbustos de zarzas? ¿El viento nervioso que soplabla con maldad? Nicola se resbaló aparatosamente de la silla y siguió rodando sobre las piedras sin conseguir detenerse, hasta romperse la cabeza. Me lo encontré ya compuesto en el ataúd, con una banda blanca en la frente, el rostro tumefacto a la fría luz de la habitación decorada de luto. Mi padre me llamó a su despacho. Nos llegaban los gemidos de las mujeres, amortiguados, pero no apagados por las gruesas paredes. En la casa donde debería haberse celebrado una boda, la blancura fresca del azahar cedió su sitio a la lúgubre abundancia de las otras flores.

Mariastella Tripputi era una hembra de constitución robusta y algo desmañada, fiel a las órdenes de sus padres, de risa fácil y estridente, con un no sé qué de ansiedad en los ojos a veces.

«Serás tú quien se case con ella», dijo mi padre —pálido, con corbata negra y brazaletes negro cosido en la manga izquierda de la chaqueta— antes incluso de tenderme su mano para que se la besara.

No la quería, a Mariastella. No me gustaba, era una *cumannera*, una mandona, y chabacana. Me vi obligado a agachar la cabeza y a ennoviarme, ocupando el lugar de Nicola. Era el final de la vida «deseada solo por mí».

Así había bautizado mi vida palermitana, y una vez intenté explicarle a Estrella lo que quería decir con «deseada solo por mí». Tendidos en la cama, desnudos, la acariciaba mientras le explicaba que mi única pretensión era recibir de mi familia lo que me correspondía, porque el nuevo siglo crecería junto a quienes, como yo, aspiraban a hacer, construir, cambiar, a quienes tuvieran libertad e ideas, y por supuesto dinero, dinero nuevo, dinero no exprimido de propiedades exhaustas, sino surgido del motor de la modernidad. Le dije que la mía sería una vida deseada solo por mí. Estrella me besaba, atormentaba mi pecho con sus rizos, y mientras tanto me aconsejaba, blanda y persuasiva, que moliera un poco de cautela, eso decía, que «moliera», y me gustaba, por su regusto a campo, y yo veía salir suave esa

harina, limpia e impalpable, llenar sacos, empolvarme el rostro, blanquearme de cautela.

Ahora, en cambio, daba mi consentimiento a mi padre. ¿Cómo era posible que todo hubiera durado tan poco?

Mariastella, sin embargo, no estaba destinada a desposarse; murió pocas semanas después, durante una epidemia que segó miles de vidas; cólera, se dijo, y, sin embargo, quién sabe, tal vez no fuera cólera, ciertamente fueron fiebres, sudores, infecciones pulmonares. Y apareciste tú, Rosaria mía.

Se te conocía como Rosaria Lupino Stassi, prima de Mariastella por parte materna, pero yo nunca te había visto antes. Decían que eras la heredera de los bienes de tu tío. Tus hermanos te acompañaron al «castillo» —como la gente llamaba a nuestra residencia de Sutera—, un edificio alto y severo de piedra gris, que servía a la perfección para proteger y observar sin ser observado. Se accedía a él a través de los altos muros de sillares irregulares que separaban el castillo de la alquería y de las caballerizas.

Bajaste del carruaje con cuidado para no tropezar en el estribo. Muy circunspectos, te acompañaban tus hermanos, que se presentaron respetuosos a mi padre.

Le había dicho que sí, una vez más, para contentarlo. Él tenía el mayor interés en concluir lo antes posible las negociaciones de la boda. Con las prisas, no quiso insistir en el contrato matrimonial. Estaba convencido de que la dote seguiría siendo la misma: tierras, muchas, y la mina Zirritta. Junto con nuestras tierras, esa dote hubiera hecho posible la realización de su sueño, un ferrocarril privado que, desde nuestra mina de azufre, la Ciavula, pasara por la Zirritta y llegase a la terminal de Licata, donde podríamos descargar directamente en los barcos.

El proyecto estaba a la altura de mis expectativas, pues veía en él ese toque de empresa moderna que había anhelado en mi etapa palermitana.

A pesar de que tuvieras hermanos, se daba por descontado que la dote de Mariastella pasaría a ti, Rosaria mía... Pero no fue

así. A mi padre se la metieron doblada. Tres días antes de nuestra boda, prevista para el 30 de mayo de 1877, seis mulas engalanadas de fiesta acompañadas por veinte guardias armados salieron de Sutera, el pueblo de los Lupino Stassi; todas ellas cargadas con objetos de plata y monedas de oro: tu dote; tú, inocente, no sabías nada del pasado. El resultado: nada de minas, nada de tierra como dote, sino oro y plata para nosotros, los Sorci, que de eso ya teníamos de sobra.

Desde entonces me obligué a hacer todo lo posible para entrar en posesión de las tierras «de Mariastella», heredadas por mis cuñados. Lo logré en 1919, pero solo en parte, obligando a Cola, nuestro hijo mayor, de treinta y nueve años, a casarse con tu sobrina, Margherita Lupino Stassi, quince años más joven. Margherita no aportó minas, pero sí algunas fincas, una participación en una fábrica de hielo en Sutera y la esperanza de que mi cuñado Gaspare, tu hermano mayor, soltero, dejara su parte de la Zirritta a los hijos de Margherita y Cola. Pero ni siquiera eso ocurrió.

Hemos visto muchas cosas, Rosaria, en nuestra vida. Ahora me parece que te oigo correr..., pero no, no es posible, no puedes ser tú. Nunca te he oído acelerar el paso. Y, sin embargo, dentro de este lecho en el que solo tienen voz mi inmovilidad y el sentimiento de que se acerca el final, hay momentos en los que la existencia echa a andar hacia atrás y luego hacia delante de nuevo, pero muy rápido, como si viera una película rebobinada dentro del proyector, y entonces hasta tú corres. Pero ¿adónde vas, Rosaria? Quédate aquí. Conmigo. Me haces mucha falta. Te lo digo como lo siento. Me haces mucha falta. En vida nunca te lo dije, y tal vez te hubiera hecho feliz.

El que me hace falta es Elio —eso sí—, y él sí que está, está ahí. La puerta frente a la cama da al pasillo de servicio que lleva a las cocinas. Elio la ha dejado entrecerrada, pero una pequeña corriente la ha abierto. Puedo ver el interior de la cocina.

Fui yo quien quiso abrir esa puerta en el largo pasillo, antes no estaba, lo quise así porque me gusta que me traigan el café a

la cama, bien caliente, todas las mañanas. Solo el personal de servicio está autorizado a recorrer ese pasillo.

En nuestro palacio hay cuatro pisos para los hijos varones –Cola, Ludovico, Filippo y Andrea–, además de la planta noble donde vivo yo y donde vivirá Cola, el futuro cabeza de familia, con su esposa Margherita y sus hijos. También en las viviendas del edificio nuevo –el que mandé construir yo, donde ahora viven mis hijas hembras Maria Teresa, Anna y Lia y sus respectivas familias, con calefacción central, almacenes subterráneos y garajes para los automóviles– quise que hubiera una conexión directa entre el dormitorio principal y las habitaciones de trabajo. Para que las criadas, las *cammarere*, vengan corriendo cuando sea necesario. Y cuando no lo sea, que se queden allí a chinchorrear, en su nido, porque las voces de quienes se ocupan de nosotros suenan siempre, desde esa distancia, amables y en sintonía con nuestro estado.

La luz de la cocina es intensa. Levanto la cabeza de la almohada y me parece ver sobre la enorme mesa, listas para cocinarse, ocho rollos de pasta al horno, que se colocarán todos boca abajo, cuando estén dorados y humeantes, sobre una bandeja de plata. Es el primer plato. Los Sorci se repartirán en dos comedores, como siempre: el grande para los adultos, y el pequeño para los jóvenes. Entre mis descendientes y mis hermanas serán unos cuarenta en total. Somos muchos. Somos demasiados. Somos los Sorci.

Moriste a los sesenta años, Rosaria mía, y solo entonces emergió tu valor, como una estatua perfectamente conservada en el fondo del mar, que revela toda su belleza.

Nunca te amé. Yo era joven cuando nos casamos. Tenía en la cabeza a las chicas de los lenones, tenía en la cabeza a Estrella y el placer que me daba mirarla, toquetearla, poseerla. Solo con pensar en ello me flaqueaban las piernas, como si el deseo me secara la sangre y la canalizara toda hacia la imaginación, hacia la memoria. Y si no era Estrella, eran las demás. No creía en el amor.

Te faltaba el sabor húmedo de la sensualidad, pero tampoco eras de madera, te dejabas poseer con una suerte de agradecimien-

to, tal vez te gustara un poco, y tal vez hasta acompañaras nuestra intimidad con alguna ingenua fantasía. Tú, sin embargo, sabías que me gustaban las *fimmine*, sabías que copulaba con las que trabajaban en nuestra casa —doncellas, lavanderas, costureras y hasta fregonas— y que no desdeñaba siquiera echar un ojo a las *fimmine* de personas con las que mantenía relaciones de trabajo y de negocios, a veces incluso a las esposas de mis amigos. No había día en el que no buscara desahogo, satisfacción. Tú lo sabías, tú veías a algunas de tus criadas moverse por la casa cuando no era el momento, responder a una llamada de la que no tenías conocimiento, y tal vez te hubiera gustado seguir las, interrogarlas. Preguntar: «¿Adónde vas?». También sabías que te dirían la verdad: «Voy a ver al barón». Te lo dirían por devoción. Yo las estaba esperando, y por lo general me limitaba a decirles: «Desnúdate». La joven de turno se desnudaba, unas con timidez, otras con esperanza, algunas simplemente por obediencia. Se mostraban humildes, resignadas. Todas menos una, que en algunos aspectos me recordaba a Estrella. Nunca le pregunté cómo se llamaba, pero le pedí que me montara y lo hizo con excesiva habilidad. Fregonas, costureras y lavanderas, yo mismo iba a buscarlas y las poseía sin mucha ceremonia, con rapidez, eso me bastaba.

También tuve algunas amantes que pertenecían a la aristocracia. Me resultaba algo más difícil abordarlas, encontrar el dónde y el cuándo, pero, francamente, para mí todas las *fimmine* eran iguales. Mi hermana Sara, cuando se dio cuenta de que yo no era insensible a las damas más condescendientes de nuestra clase, se preocupó con delicadeza de darme a entender que podía abordar, si quería, a esa, pero que habría hecho mejor en evitar a esa otra, peligrosa. La sabia Sara se preocupaba también de protegerte, Rosaria, y te aseguro que lo hacía más por ti que por mí. A pesar de este marco protector, las *fimmine* siempre fueron muchas. Nunca las llevé a casa mientras vivías, pero de las de la servidumbre me aproveché con regularidad, sin escrúpulos.

Todo el mundo lo sabía, y yo no era el único, ni en el castillo de Sutura, ni en la finca Bruccoleri, ni en el palacio de Camagni, ni en Palermo.

Creo que respeté a todas esas *fimmine* —a mi manera, por supuesto—. Pagaba los abortos y, a veces, daba dinero para mantener a los bastardos, que eran pocos, mientras las madres no trabajaban.

Tú también eras *fimmina*, también de ti tomaba todo el placer que podía, y quizás también te lo di. Me acogías con tímida pasión. Al poseerte, a veces pensaba en Estrella, en cómo le gustaba guiarme dentro de ella, cómo me encerraba entre sus piernas, clavando sus pies contra mis nalgas para que empujara más fuerte, cómo se movía contra mí, debajo de mí. Estrella era la medida de la pasión. De vez en cuando, bajaba a hacerle una visita, y ella, feliz, se arrojaba a mis brazos después de cerrar cuidadosamente la puerta de su pulcro y ordenado sótano, lleno de baratijas y cojines. Le hablaba también de ti, porque me preguntaba, con genuina curiosidad, sin malicia, sin morbo: «A tu mujer qué dulce le gusta más, ¿la *cassata* o un buen *cannolo* fresco?». «¿Es verdad que las perlas de tu mujer son tan largas como las de la reina?» Había un geranio en la ventana, y mientras le hablaba de ti te veía reflejada en ese geranio en flor, te sentía presente, tú también ajena a escudriñar, distante del espíritu maligno de la esposa traicionada.

Ahora, Rosaria, me doy cuenta de que te he subestimado. Después de tu muerte comprendí que tenías virtudes que yo desconocía, como la generosidad hacia esas *fimmine* de la casa, y también la fuerza con la que apoyaste a Carmela, la primera mujer de nuestro hijo Filippo, cuando él le ponía las manos encima. Sabía que eras una madre cariñosa con todos tus hijos, pero no me di cuenta de que, a diferencia de mí, no tenías realmente preferencia por ninguno.

Te fui infiel, pero también traté de hacerte disfrutar de la vida. Hicimos viajes muy bonitos por Italia, pocos, pero los hicimos; solía acompañarte de compras a joyerías y tiendas de ropa para mujeres, y nunca te dije que me moría de aburrimiento.

Siento una ardiente vergüenza por las hijas que destiné a la muerte. Tú te lo esperabas, y yo te lo dejé claro: nosotros, los

Sorci, queríamos hijos varones, eran necesarios. Lo entendiste. Te brotaron las lágrimas. «Déjame tener tres *fimminedde* por lo menos», me suplicaste. Me diste pena y acepté. Nacieron seis, y tú misma elegiste para las tres recién nacidas no deseadas el «pañó frío».

De tu primer embarazo nació Maria Teresa. Tenía nuestros ojos almendrados y el pelo rubio de mi madre. Me enamoré de ella.

Un año después llegó otra hembra, Marianna: no era el varón que necesitábamos.

Me aparté de ti para dejarte sola. Me lo pediste tú, antes del nacimiento: «Si acaso viene *'na fimminedda*, me gustaría acompañarla yo al umbral del Paraíso al que está destinada». Me fui a la antesala para tomar las llaves de la capilla, pero luego cambié de opinión; me sentía como un cobarde. Me quedé detrás de la puerta, mirando dentro de tu habitación. La *mammana*, la comadrona, apartada, recitaba sus letanías, con una mirada atenta en ti y en la chiquitina, la *picciridda*.

Tú, recostada sobre las almohadas, con una tela encerada blanca sobre las piernas, sostenías a tu chiquitina entre los brazos, envuelta en un paño frío y húmedo. La acunabas y murmurabas una cantilena. Le diste el dedo meñique para que lo chupara; ella, al no encontrar sustancia, lloriqueaba. La abrazaste contra tu pecho y le acariciabas con el dedo índice los pómulos y la naricilla. Poco a poco la succión iba perdiendo fuerza, y así también *'u curuzzu d'a nica*, su corazoncito de cría, que se preparaba para morir.

La espera se volvió insoportable. Me alejé de la antesala y salí a la terraza, solo. Me daba puñetazos en la cabeza, maldiciéndome.

Marianna, Maria Concetta y Mariangela: fuiste tú quien quiso mandarlas al Paraíso con el nombre de la Virgen, para que rezaran por nosotros. Ahora están en la capilla familiar, en sus nichos, con todos los honores. La muerte de mi carne supuso un peso para mí, pero así tenía que ser. Las mujeres no aportan dinero. Casarlas cuesta caro. Los pobres no podían darles de comer y los ricos no querían mantenerlas ni gastar dinero en la dote.

La alternativa, para los nobles y la gente acomodada, era colocar a las hembras en los monasterios, tal vez en los fundados por su propia familia. Pero incluso eso tenía un coste, la vida monástica podía ser dolorosa: era como ser enterradas vivas. Los Saboya, además, nada más conquistar Sicilia, suprimieron las órdenes religiosas. Todas. De un día para otro, varones y hembras se vieron expulsados de los conventos y monasterios: una libertad trágica, ya que los «liberados» eran incapaces de adaptarse a la vida civil y no fueron bien recibidos por sus familias de origen. La abolición de los monasterios y la usucapión de las propiedades de la Iglesia en 1866 revitalizó y extendió entre los ricos la costumbre del paño frío, bien arraigada entre los pobres.

Muchas veces, demasiadas, los actos más inmundos y nefastos se presentan como acciones necesarias para el bien de los que sobreviven.

Ahora, Rosaria, te pido perdón. Y con esto me despido de ti. Aunque sigas aquí. Esta habitación también fue la tuya. Aquí también hay espacio para ti. Aquí, donde se apagó tu vida.

Cuando viene de visita mi hermana Sara, intento que me cuente noticias de familiares y amigos, pero ella es muy lista, prefiere, si no tiene más remedio, contarme algún enredo que ya se haya resuelto, y no los que siguen candentes en sus posibles desarrollos. Nuestra prima Beatrice Benso, solterona y monja de casa, no es muy distinta y junto con mi otra hermana, Rachele, me habla de la vida en la ciudad sin traicionar la verdad, pero sin caer nunca en las insinuaciones malignas, en el *curtigghio*, el comadreo. Beatrice está preocupada por la guerra, sabe que Palermo no saldrá indemne. Instala refugios en almacenes abandonados, recoge alimentos que puedan almacenarse, hace acopio de mantas, vestidos, ropa de casa. Cuando se mueven a la vez, Sara, Rachele y Beatrice, inspiran autoridad. Nadie tiene palabras malévolas para ellas. Y yo mismo aprecio que sean tres mujeres de la familia las que enseñen a los varones qué se ha de hacer y cómo debe hacerse. Las Tres Sabias, las llamamos.